

El libro Virginia Woolf. A Biography (1), escrito por su sobrino Quentin Bell no es, como se nos previene desde el principio una obra en la que se haga crítica literaria, sino, según su título o subtítulo, una pura biografía, biografía cuyos capítulos no llevan otro encabezamiento que el de los años a que cada uno se refiere. El primer volumen cubre el periodo desde 1882 hasta 1912, el tiempo en que Virginia Woolf se llamaba todavía Virginia Stephen. Y el segundo, desde que se casó hasta que, en 1941, se suicidó. Es un libro cuya traducción yo, probablemente, no recomendaría, porque expone minuciosamente, con plena documentación, todos los detalles de la vida de Virginia Woolf, lo que hizo y dejó de hacer, las casas en que vivió, sus relaciones con los padres y los hermanos, así como con otros miembros de la familia. Sus amistades femeninas y masculinas, literarias y sentimentales, sus altibajos físicos y psíquicos, la difícil enfermedad con la que tuvo que habérselas hasta que ya no pudo más. Con lo cual no quiero decir que el libro se haga premioso de leer, al contrario, sino que, simplemente, está escrito para un público que no es el español, sino el de los ingleses cultos que, conociendo bien la obra, más bien reducida, de Virginia Woolf, y a grandes rasgos, su vida, sienten legítima curiosidad por seguir, casi día por día —a lo que las numerosas ilustraciones ayudan eficazmente— la existencia de la escritora inglesa de más calidad de este siglo. (Como se sabe, Yeats y Joyce eran irlandeses, Ezra Pound y T. S. Eliot, americanos; D. H. Lawrence nos importa, sobre todo, desde un punto de vista vital y, por decirlo así, "cultural", y Aldous Huxley fue, sin duda, un intelectual más importante que ella en cuanto al amplio ámbito de sus intereses y sus preocupaciones; pero ni uno ni otro, y, probablemente, tampoco los antes citados, alcanzaron la finura poética y de observación, la delicadeza de intuiciones y sentimientos, la perfección y pureza caligráficas de Virginia Woolf.)

El libro presenta para nosotros un doble interés que sobrepasa con mucho la mera relación de hechos. Por una parte, nos da la descripción del estilo de vida de la alta bohemia intelectual de Bloomsbury (tema al que Quentin Bell ha dedicado un libro especial, titulado precisamente Bloomsbury), estilo de vida mal conocido aquí y de particular concernimiento otra vez hoy; y de la actitud diferencial frente al estilo de Virginia Woolf, de sus reticencias y, pese a vivir en el centro del grupo, de su distancia interior, así como, en conexión con todo

ello, de su peculiar "feminismo". Por otra parte, se nos da la visión desde dentro de lo que la escritora quería hacer, de lo que se sentía llamada a hacer. Tema, uno, como se ve, de "moral", en el sentido, muy amplio, que doy siempre a la palabra. Tema, el otro, de autocrítica literaria.

Bloomsbury es el nombre del barrio de Londres en torno al British Museum, desde el University College (el núcleo inicial, fundado por Jeremías Bentham y el centro más importante de la dispersa Universidad de Londres). El barrio en el que, desde la muerte de su padre, a la que había precedido la de su madre, vivió, siempre que vivió en Londres mismo, Virginia Woolf. Pero Bloomsbury significó en estos años un nuevo estilo de vida, en total ruptura con los residuos de la "moral victoriana", y más allá de los "problemas" del tiempo de Oscar Wil-

y años después a Duncan Grant. Visto desde hoy hay en todo este movimiento de liberación homo y heterosexual, contemporáneo de la gran boga de los ballets rusos, un ingrediente muy high camp, como ha señalado Elizabeth Hardwick, pero también, por ejemplo, en Dora Carrington, émula de Vanessa, aunque desgraciada y suicida, algo de la "inocencia libertaria" de muchas chicas de hoy. Henry James, a quien Virginia conoció desde niña, en parte trató esta "sociedad", en parte la inventó o dotó de expresión, en The Golden Bowl.

Virginia se encontró a gusto dentro de este pequeño mundo (por ejemplo, una vez se bañó desnuda a la luz de la luna con Rupert Brooke, figura principal de otro grupo semejante, el de los "neo-paganos", procedente, asimismo, de la Universidad de Cambridge). A gusto y, a la vez, se-

JOSE LUIS L. ARANGUREN

WIRGINIA WOOLF Y SU EPOCA

de. En realidad, fueron los hermanos varones de Vanessa y Virginia (Thoby sobre todo, muerto joven) quienes llevaron al barrio la libertad de palabras y costumbres de los "Apóstoles" de Cambridge, del "archihomosexual" Lytton Strachey, tan importante en la vida de Virginia Woolf, con la que llegó a contraer efímero compromiso de matrimonio; de su hermano James, con análogas inclinaciones sexuales; de Maynard Keynes, el después tan famoso economista lord Keynes, homosexual en su juventud; de pintores como Mark Gertler, Duncan Grant y Henry Lamb y su hermano Walter; de Roger Fry, Leonard Woolf, todos discípulos y fervientes admiradores del filósofo G. E. Moore; del mismo Bertrand Russell, perteneciente también a los Apóstoles... Al principio, el libertarismo era homosexual masculino —en realidad, casi todos estos jóvenes eran más bien lo que hoy llamamos bisexuales—, pero hacia 1910 se generalizó a las mujeres. Vanessa, la hermana de Virginia, pintora, se convirtió en la "estrella" de la anarquía sexual, practicó el strip-tease, según llegó a decirse, en su propia casa y de su marido Olive Bell (padres del autor del libro que comento), "copuló coram populo con Maynard Keynes", convirtió pronto su matrimonio en libre amistad, tomó como amante a Roger Fry

parada por una barrera infranqueable, levantada, en parte, por su conocida frigididad sexual, que no obstó a aventuras amorosas con hombres, su propio cuñado y, sobre todo con mujeres, principalmente con Vita Sackville-West. Creo que habría que hablar, a propósito de ella, de "amores lesbicos", al modo como se habla de "amor platónico", para diferenciarlos de los "amores lesbianos", a lo que no obsta el que con Vita, lesbiana muy practicante, hubiese habido, como escribe Quentin Bell, "some caressing, some bedding together".

Su peculiar "feminismo" fue otra de sus barreras. Nació, probablemente, de la protesta interior contra la discriminación: sus hermanos fueron a la Universidad, ella y su hermana no pudieron hacerlo, Cambridge les estaba cerrado. Se alimentó de rechazo de "lo masculino", de la agresividad, voluntad masculina de aserción y poder, brutalidad; rechazo del mundo de los hombres, el de la política y el derecho, la filosofía y (con mayúscula) la Cultura, el sexo y la guerra. Por eso no entendió que la liberación de la mujer, causa por la que luchó, tuviese nada que ver con la liberación política, y aunque secundó a su marido, Leonard Woolf, en sus actividades laboristas, nunca pudo interesarse realmente por la política.

¿Se interesó por algo, aparte de ella misma, en cuanto íntimamente unida a su obra y vocación de —por encima de su enfermedad maniaco-depresiva, de la pasión de suicidio, que le acompañó casi toda su vida— llevarla a cabo, realizarla? Ella misma habló de su "egotismo", que debe ser entendido en este sentido, en función de su obra, así como sus evidentes celos literarios, que le llevaron a ser injusta con todos sus coetáneos (pero aquí influyó también, especialmente con respecto a Joyce, su repulsa de la brutalidad masculina; y con respecto a T. S. Eliot —de todos modos, el escritor más estimado por ella—, su discrepancia en cuanto a la religión, que probablemente consideraba otra "invención" masculina). En Mr. Bennet y Mrs. Brown, de 1924, su "manifiesto estético privado", como lo llama Quentin Bell, entendió que la misión de su generación era hacer "otra cosa" que la hecha por Bennet, Galsworthy y Wells. Pero E. M. Forster, su mejor amigo entre los grandes escritores, se había quedado a medio camino en la tarea de la renovación; Katherine Mansfield murió demasiado pronto, y los Joyce y Ezra Pound, D. H. Lawrence y Aldous Huxley, etcétera, iban, a su juicio, desca-minados.

Al final de su vida se sintió literariamente sola. Ni con los suyos, ni con los jóvenes. Estos, muchos de éstos, los mejores, W. H. Auden, Stephen Spender, Isherwood, apreciaron su persona y su obra. Pero era inevitable que se sintiesen lejos de lo que ella había hecho. El talante literario cambiaba, porque cambió el talante político y se sintió la necesidad del engagement. La "Safa asexuada" encerrada en la pureza de su obra resultaba "oddly irrelevant" para una época de lucha, en la que su propio sobrino Julián, hermano del autor del presente libro, vino a morir en la guerra civil de España. Entonces ya no le quedaba otra cosa que hacer sino consumir, al fin, su suicidio.

Solamente hoy, pasada la época del furor de la literatura comprometida, estamos otra vez en condiciones de ser justos con la estupenda —y limitada— calidad de su obra.

(1) «The Hogarth Press», Londres, año 1973.